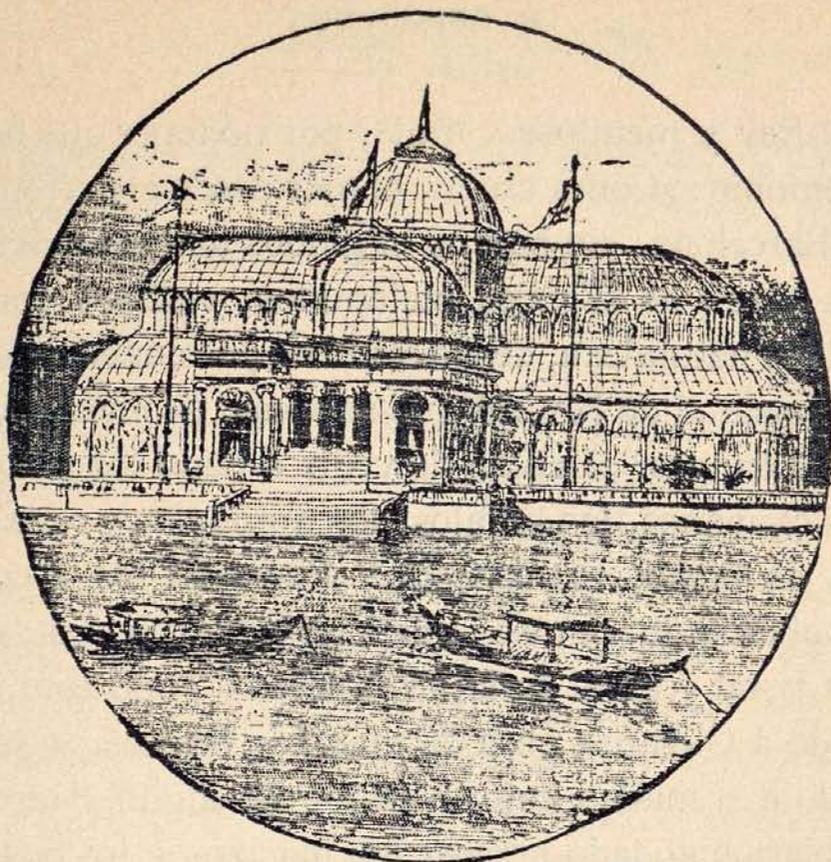


á Montes en la rectitud de las estocadas, superior sobre todo al famoso Cúchares, porque si aquél jugaba mofándose de los toros, Rafael jugó lo mismo, mofóse también de las fieras que le amenazaban con la muerte, pero fué al hacer esto, más severo en la ejecución, más «plástico» en el rematar, más artista al salir, rodeando todo aquel entretenimiento de una cierta majestad inverosímil á primera vista dentro de ese peligroso juego... ¡el juego de la vida!

No discutamos si Rafael hizo bien ó mal dando cinco corridas de despedida, en vez de una sola, como hizo Salvador. De las cinco celebradas salió bien, *sin novedad*, como había escrito durante su carrera, en centenares de telegramas.

Cuando regresó á sus terruños, había recorrido en los viajes que verificó desde el 5 de Mayo, 4.763 kilómetros, y estoqueado 29 toros, que para sus años, no fué poco recorrer ni poco... matar.





LA EXPOSICIÓN DE FILIPINAS

Si el egregio Conde-Duque de Olivares hubiera podido adivinar que en el año de gracia de 1887 vendría una tribu de malayos y otra de igorotes acompañados de culebras de 25 centímetros de calibre, de caimanes auténticos, de antílopes y carabaos, á instalarse en las praderas bucólicas que él destinó en el Retiro para la arcadia pastoril de las Melibeas de tontillo y tacón alto, de seguro que hubiera presentado la di-

misión al Rey y metídose á fraile, por no tener que habérselas con el demonio. ¿Cómo cruzar el mar desde el extremo Oriente hasta Barcelona, sin barcos ni globos areostáticos? ¿Cómo traer una horda de salvajes melenudos, vestidos con el traje sucinto de la naturaleza, desde el horno permanente de las Islas Filipinas hasta el de Madrid que se apaga en invierno y entonces hiela la sangre? ¿Habían de venir á nado los pintones, las boas, los caimanes, los búfalos, los antílopes, y toda esa guardamalla de bichos exóticos que vimos en los recodos, en la ría, en el estanque, en las jaulas, en las rancherías, en el Palacio de Cristal y en el de la Exposición? Todo esto le hubiera parecido á Olivares, obra de magia y brujería y se hubiera exorcizado á sí mismo con el hisopo de algún Padre Jerónimo, y hubiera mandado arrasar los macizos y los bosquecillos de los misterios galantes, primero que tolerar la irrupción asiática en los cármenes palatinos reservados al recreo y meditación de la Corte del gran Felipe.

Pues todo esto y mucho más hizo un Ministro de la Reina Regente, D. Víctor Balaguer, con sólo tocar el manipulador eléctrico del telégrafo que la civilización moderna ha establecido entre Manila y Madrid á 5.000 leguas de distancia. Demos á ese Ministro la gloria que le corresponde por una iniciativa que no decayó un solo momento hasta convertir el proyecto en realidad sorprendente, que se recordará con gusto, mientras haya en España aficionados al estudio de las regiones inexploradas que poseemos en las fronteras de la China, tocando á la India trasgangética, no ocupadas ni visitadas por buques europeos.

No me propongo hacer una evocación detallada de la Ex-

posición Filipina, sino un cuadro de apuntes como recuerdo de aquel suceso.

*
* *

Iba yo una tarde en Compañía de *Picio*, el famoso intérprete de los indios, buscando al Sr. Pastor y Landero que había transformado con su rara inteligencia el erial del *Campo Grande*, en praderas de gazon y macizos de flores, cuando topamos con un salvaje medio desnudo, que acariciaba una lanza y tenía en lugar de orejas dos piltrafas de carne colgante, rematadas con anillo dorado. Este es *antropófago*, me dijo Picio. Desde que ha venido está triste porque siente la nostalgia de la selva y no puede comer chuletas de hombre blanco, aderezadas con grasa de mono. Ya vé usted, aquí sufre el *pobretico* el suplicio de Tántalo, cuando piensa en los banquetes regalados que podría darse con estas señoritas tan guapas que pasan á su lado tranquilas, sin saber que el caribe se las comería enteritas, sin permiso del *señó Balagué*.

El ejemplar del hombre antropófago no me pareció raro y no me asustó, porque tenía á dos pasos una pareja de la Guardia civil.

Cruzando por el *Bahay* de caña y nipa de la *Tabacalera*, donde nos obsequiaron con excelentes tabacos, recién liados por las espertas manos de las cigarreras del Cagayán, á cuyo frente estaba como una Reina en su trono, ostentando galas, escapularios y preseas, la maestra condecorada Crescencia, nos fuimos al lago para recorrer en canoa el mar interior de este territorio filipino, que habíamos improvisado al natural



para enseñanza y recreo de los madrileños. Acurrucados como monos que vuelven de una excursión á los cocoteros, y dirigidos por la pala segura de un tagalo casi civilizado, me abandoné á la corriente de la imaginación, soñando con rancherías de salvajes, con tierras pobladas de cañas bravas y de palais venenosos, de lianas gigantescas donde duermen las culebras de mayor largura, de helechos bíblicos, de bambús resistentes, de toda esa vegetación rica y maravillosa que diz crece á orillas del *Pasig*, junto á los ricos pueblos de Tondo y Binondo.

Después de pasar por frente del Palacio de Cristal, del pabellón árabe de cúpula puntiaguda, de la catarata de aguas cristalinas, de la casita de madera y nipa donde algunas indias bastante feas tejían el abacá y la seda en telares primitivos de su invención, de silvar á los carabaos que mugían de rabia por falta de barrizales donde embadurnarse la piel, contra las picaduras de los mosquitos, y de echar pan á los ciervos, dimos de bruces contra un obstáculo que embarrancó la canoa y zanbulló al indio que gritaba: «*Señolía*, que viene caimán.» En efecto, la canoa había chocado con un caimán, que con la boca abierta nos esperaba para devorarnos. Así lo parecía al menos. No volcamos, ni pedimos socorro, ni naufragamos porque el terrible animal de sangrientas fáuces interpuesto en la ría estaba embalsamado. El pobre monstruo no pudo sufrir la traslación de domicilio y se murió en cuanto le metieron en el lago del Campo grande.

* * *

Me parece que fueron ocho clasificaciones diferentes las que se hicieron con los ejemplares infinitos de procedencia

varia, acumulados en los salones del Palacio. Allí la geología en manifestaciones sorprendentes; la mineralogía con productos extraños; la antropología, la etnografía, la meteorología, la zoología, la entomología, la botánica, la agricultura, los artificios del trabajo, las artes nobles, la indumentaria, las costumbres, la religión y la estadística.

De todo hubo ejemplares selectos; para juzgar de todo, colecciones escogidas; para vivir con espontaneidad en medio de toda la vida indiana de los hijos de los trópicos, sólo faltó que una catatúa lanzase el grito de guerra después de oír á una tagala cantar el condimán, acompañada en la guitarra por Picio.

Admiraba ver las riquezas encerradas en el Palacio, el número portentoso de objetos raros de la Exposición, porque todos vinieron desde el extremo oriente, á costa de esfuerzos titánicos, de cuidados solícitos, y de mucho dinero.

Una de las dos serpientes pintones murió á poco de llegar á Madrid, al mismo tiempo que el caimán. La otra vivió bastantes días, y enroscada en su jaula de hierro devoró muchos conejos vivos en presencia de sus espectadores, hasta que murió también de vergüenza de verse sola y encarcelada.

*
* *

Sigamos... recordando.

¿No pareció cosa de fábula encontrar aquí en un rincón del Parque, un pueblo de indios con iglesia, y en el próximo bosque una ranchería de igorrotos bravos, que bailaban saltando, cantando y peleándose en cueros, al son del batin-tin, con lanzas y krisés, y mataban cerdos y gallinas simulando



matar hombres y se los comían con arroz? ¿No fué sorprendente ver en el Parque de Madrid uno ó más carabaos embriados por la nariz y dirigidos familiarmente por indios sentados en el lomo, que llevaban por pudor, un taparrabos de tela sucia, y en la cabeza un *salaco* para defenderse del sol?

El panorama no pudo ser más verdadero, ni la perspectiva más exacta. El pueblo malayo hallábase bien alojado en el Parque de Madrid en caserones de madera, en tiendas de campaña, en chozas de nipa, en *Robinsones*, como decimos aquí, fabricados en las copas de los árboles, y vivieron en Madrid con la vida indolente de su país, torciendo tabaco lascigarreras, haciendo telas de araña, de puro finas, las tejedoras; vistiendo de gala trajes de colorines pintorescos; navegando en piraguas por el lago y la ría; asistiendo á riñas de gallos con cuchillo, y tirando al blanco con lanza y flechas. Las mujeres que figuraban en la expedición eran feas, si las comparamos con las españolas, pero tenían buenos ojos, pelo negro abundante y basto, talle flexible y una gracia *sui-generis* para envolver al cuerpo en un *tapis ceñido* con pliegues, que sólo ellas se saben poner. Poseían una idea confusa del pudor, por cuanto no reparaban al andar y al sentarse, si se veía algo de lo que la mujer civilizada oculta con mucho cuidado. Fumaban pitillos y mascaban *buyo*. Los hombres eran cenceños, de pocas carnes y de una gran elasticidad. Casi nunca se sonrieron, y en cambio cuando hablaban, lo hacían con palabra sentenciosa. Trabajaban lo menos posible. Tenían el orgullo de la soledad de los bosques vírgenes que los vieron nacer, y no se asombraban de nada.

El escapulario bordado ó sin bordar es prenda de vestir

indispensable en aquellos hombres y mujeres. Ninguno dejó de ostentarlo á la vista; ellos sobre la camisa que llevan por fuera, con el bolo en la cintura; ellas sobre los cuerpos sencillos de piña y nipsis, bordados. Algunos, por ejemplo, el que llevaba Crescencia el día que se presentó á la Reina, valía la friolera de 200 pesos, y así por el estilo.

Una observación.

Los criollos, mezcla de europeo é indio, forman una clase privilegiada, algo así como un grupo aristocrático que desprecia al indio por su condición inferior y odia en el fondo al europeo porque no puede imitarle en figura, distinción y talento.

Los indios pagan á los criollos con el mismo amor y respeto. Son antagonistas por no decir enemigos irreconciliables. Una choza de caña, un plato de morisqueta, un gallo de pelea, una guitarra para acompañar el condimán que es canto desaborido, monotonó y melancólico, como las rimas andaluzas, y las trobas que todavía cantan los árabes en Egipto, es todo lo que el indio necesita para vivir contento y enderezar sus ambiciones al puesto codiciado de Gobernadorcillo, que viene á ser el ideal de su vida.

.....

Dimos entonces el primer paso de identificación.

Los trópicos rompieron la muralla de la separación, y vinieron á sorprendernos con las maravillas de su flora, con las riquezas que oculta aquella tierra fecunda é inesplorada.

La *sampaguita*, flor misteriosa de los pensiles filipinos, vino á casarse con el nardo blanco, esbelto y oloroso como ella. Al verlos juntos en un ramo, perfumando los salones y



los altares de la Virgen, piensa uno que las dos hermosas flores han bajado del mismo cielo, á completar la obra del Creador.

Ya que las pobres indias no recibieron de Dios la belleza corpórea que es tan natural en las hijas del Norte, en cambio las ha regalado para que se adornen la blanca *sampaguita* y la gallarda magnolia que aquí aclimatamos con dificultad en nuestros jardines, la magnolia se entiende, pues en cuanto á la *sampaguita* sólo la hemos visto en un conjunto híbrido de perfumería que se conoce con el nombre *Ilan-Ilan*.



EMILIO ARRIETA

(SILUETA Á MEDIA LUZ)

DENTRO de algunos siglos venerarán los futuros, si la piqueta no lo impide, la casa número 8 de la calle de San Quintín, que ha tenido la suerte de albergar en nuestros días á Ayala, Eslava y Arrieta: tres glorias de la patria, como Calderón, Doyagüe y Tafalla; tres inquilinos empadronados en la alcaldía, con cédula de vecindad, como cualquier ciudadano; tres astros de la Plaza de Oriente, grandes por la majestad del genio, como es grande la majestad de la tierra, pues si ésta lleva corona de brillantes y cetro de oro,



y manda á las multitudes, aquélla luce el laurel de Apolo, que inmortaliza. El genio no reina, como los Reyes modernos, pero dirige el espíritu de los siglos. Es una soberanía moral la suya, que se impone á todos los partidos, y llega á ser invocación de todos los corazones.

Ejemplo: Cervantes, Calderón, Lope de Vega, Espronceda, Ayala y Zorrilla. No cito á Arrieta, porque me propongo hacer algo más que eso: quiero daros su perfil.

Al hablar de Arrieta, no voy á decir nada del artista, sino del hombre. Del artista os hablan todos los días, mejor que yo pudiera hacerlo, sus hermosas creaciones musicales, tan llenas de belleza, de elegancia, de perfección, y de estilo característico, propio, *sui generis*. Del hombre, puedo contar algunas cosas íntimas, de esas que por lo ignoradas tienen siempre novedad y atractivo, siquiera sean trazadas por una pluma tan inexperta como la mía. No esperéis, pues, que me ocupe aquí del mérito del autor de *Marina*, *El Grumete*, *El Dominó azul*, *El toque de ánimas*, *La conquista de Granada*, *La Guerra Santa*, *San Franco de Sena*, y otras producciones que tanto han contribuído al esplendor del género lírico nacional.

*
* *

D. Emilio Arrieta, comió al uso y á la medida de los navarros. Sabía elegir como un *gourmet* del siglo de Augusto. No diré que fuera cocinero, como Alejandro Dumas, pero sí afirmo que tuvo como Brillat Savarine, la suprema intuición de lo bueno y lo selecto. Fué metódico y refinado; combinaba con arte; paladeaba con maestría y preparó siempre la ma-

niobra de la digestión de un modo maravilloso, que no conocieron los PP. Bernardos.

No es posible pensar en Arrieta, sin recordar á Ayala. Pues bien; Ayala que tenía algo de bohemio en sus costumbres, que en realidad nunca bajó del todo á la tierra, donde la humanidad sufre afanes prolijos, fiaba siempre á su D. Emilio el programa de los *menús*, y eran de ver el esmero, la novedad gastronómica, la abundancia reglamentaria de platos finos que cubrían la mesa del gran poeta, en aquellos almuerzos íntimos á que concurrían sin hacerse invitar, y sin ser invitados, los más distinguidos de entre los hombres de las letras y las artes.

Una antigua cocinera, que adoraba á Ayala, era su *Cordón Azul*; Damián—el ayuda de cámara—servía la mesa, con la perfección de un Stuard inglés; y D. Emilio, ejerciendo las funciones de *Maitre d'Hotel*, echaba una cañita, dirigía el comedor y guardaba la llave de la despensa, que en aquella casa fué siempre modelo de sibarita, hasta cuando había pocos cuartos.

Todos sabéis que Arrieta profesaba á Ayala un cariño sin límites; para D. Emilio—se lo he oído decir muchas veces—el *divino arte* no era el de la música, sino el de hacer comedias como *El tanto por ciento* y el *Tejado de vidrio*.

Nunca olvidará Arrieta aquellos días en que él junto al piano, y Ayala al lado la mesa escribían á la par, éste *Consuelo*, y aquél *La Guerra Santa*. Muchas veces interrumpían ambos su trabajo. De pronto Ayala cortaba con un ilimitado *compás de espera*, la inspiración de D. Emilio, para leerle alguna escena de su drama, ó Arrieta obligaba á hacer un rá-



pido *mutis* á Consuelo, para que el poeta escuchara un tercio ó una romanza. En seguida, los dos volvían á trabajar, mudos, silenciosos, pero comprendiéndose con la mirada, hasta que Ayala, bien á su pesar, dejaba la pluma y se dirigía al Congreso á presidir una insoportable sesión de Cortes, y Arrieta cerraba el piano para ir al Conservatorio.



D. Emilio era navarro, del riñón de Navarra, como Gayaurre y como Sarasate. Nadie lo creería seguramente al oír relatar los cuentos y anécdotas de su repertorio. Tenía para esto el donaire, el instinto, la verdadera gracia, del narrador andaluz de chascarrillos, que hace reventar de risa. Si le oísteis en el cuento del «Capellán del Regimiento» dicho con tono reposado, con la voz natural y lenta que no apunta ni subraya, y oísteis el chiste centelleante salir de sus labios en toda su pureza, sin énfasis ni ademanes, ni gestos, ni acentuaciones, ni guiños, ni tartamudeos deliberados, ni carcajadas prematuras, decidme si en vuestra vida mortal habéis encontrado nada más gracioso y original que los chistes de Arrieta.

Fué siempre oportunista en la conversación: á ese efecto recuerdo que en el Centenario de Calderón, el día de la fiesta religiosa de San José, cuando la comitiva iba á ponerse en marcha hacia la iglesia de los Naturales de Madrid, me acerqué á él y le dije, aludiendo al gran calor que sentía.

—Maestro: buen sol vamos á tomar.

—Lo peor es—me contestó—que va á ser un sol... *sostenido*.

Nada de esto debe extrañar en el laureado autor de *Marrina*, porque era elemental, suponer amortizada en él toda la sal de las riberas de Cádiz, con solo pensar que escribió para guitarra la *seguidilla* aquella salpimentada que en boca del contramaestre, recuerda oliendo *á brea*, las olas del mar y alborota los coliseos de la redondez de la tierra.

Una afición tuvo Arrieta que desentonaba un poco con su tipo espiritualista, con su carácter dulce y bondadoso: le gustaban mucho los toros. Abonado todas las temporadas, no perdió corrida y si era preciro se marchaba antes de un concierto, y se pirró por los capotes, y por las *largas* de *Lagartijo*.

Esto hay que dispensarlo al maestro compositor porque en España, en esta tierra bendita, todos nacemos con las mismas aptitudes y aficiones: músicos, pintores, políticos, poetas, soldados... y toreros.



Andte maestoso pp#

Coro *Tenore y bajo*

ppp *Que horror! Que horror! Que horror! Que horror* *sin duda sufre de reprobo las i-vas del Señor*

pa-vor! fa-

vor *desi-lis amigos mi-ros que me-ro de dolor* *(con espression impo-nente)*

Dejar le sin con-melo se-ra duro ri-gor mas me dice con traic-cio lo se preste su fa-vor

pa-vor fa-vor *pa-vor fa-vor* *(Alejándose)* *ppp*

Que horror! Que horror! Que horror! Que horror! Que horror! Que horror!

Alabado. No me dejes! Ay de mi! *Fragmento del final del 2º acto de San Francisco de Sena, drama*
Yo estoy del cielo maldito. lirico en tres actos *Enilio Aniceta*

Madrid 12 de Noviembre de 1883.





LA SEMANA SANTA EN 1880

ENTRE las muchas costumbre españolas, genuinamente madrileñas, que se han ido olvidando ó arrinconando de pocos años á esta parte, recuerdo con placer y con tristeza al mismo tiempo—con placer, porque la evocación rejuvenece; con tristeza, porque la pérdida me duele—aquella *soirée* á cielo abierto, á la que iban las mujeres de vestido alto con mantilla y claveles; aquella reunión multiforme con apreturas y pitosones; aquel *meeting* libre «cultista» sin discursos; aquella asamblea popular; aquel paseo revuelto; aquel baile sin bastonero; aquella desfilada lenta; aquel hormiguero informe, colosal, común de dos, de que era testigo en las tardes de Jueves y Viernes Santo, la Carrera de San Jerónimo.

El cuadro era seductor: un cuadro de género español neto,



digno del pincel de Goya, de la pluma de D. Ramón de la Cruz y de la inspiración musical de Barbieri.

Madrid entero iba á *correr* las estaciones á la... *Carrera*. No se crea por esto que las prácticas religiosas del día se cumplían con precipitación; nada de eso. Es que para andar (ó para correr)—como se dice—las estaciones, antes, después, ó haciendo desviación en el itinerario, todo Madrid iba á dar unas vueltas á la Carrera de San Jerónimo.

¡Qué linda perspectiva la de esa calle en ambos días!

Terminada la Cuaresma: á punto de concluir la Semana Santa; redimido el Madrid católico de las culpas del año con la absolución del confesonario; cerrados los teatros grandes desde el Domingo de Pasión; olvidada la carne á fuerza de comer pescado; el Jueves y Viernes Santo, el Jueves como «epílogo» de la visita á los templos, y el Viernes como «prólogo» de la procesión, los madrileños puestos de «tiros largos» y las madrileñas prendidas de «veinticinco alfileres», se reunían en la Carrera para recordar de una manera, un poco *rara* quizá pero no irrespetuosa, lo que fueron la calle de la Amargura y el camino del Calvario la tarde de la muerte de Jesús.

Aquello era pura y simplemente un anticipo de la Resurrección, un ensayo á *sotto voce* del toque de gloria que había de sonar pocas horas después... Y censurado ó no, como lo fué por algunos, era, sin género de duda, menos irreverente, mucho menos, que las *funciones* de «convite» que se celebran ahora en ciertas iglesias, poniendo las sillas en forma de butacas, y convirtiendo los Presbiterios en verdaderos *escenarios*, á los que no falta un detalle de telones, bastidores, y hasta (podría citar ejemplos) *transformaciones*.

Aquello era, sobre todo, una costumbre heredada, una tradición, como he dicho, esencialmente española, y genuinamente madrileña, de la que no han debido prescindir las hipócritas prácticas de fin de siglo.

*
* *

Y lo peor es que no han prescindido, sino que la han pros-
tituído.

A la pequeña expansión de aquellas dos tardes de la Carrera, ha reemplazado la expansión cotidiana que permite mantener abiertos los teatros hasta el Miércoles Santo *inclusive* y celebrar en alguno de ellos función de toda gala el... Viernes de Dolores; á la abstinencia rigurosa, no solo de la vigilia, sino de el ayuno cuaresmal, las bulas protectoras de los estómagos débiles, y los consejos del médico, que á veces pesan más que los del confesor; al paseo agrupado en la Carrera, el paseo en desorden por todas partes, por el Prado, por la calle de Alcalá... es decir, la misma cosa con otro aspecto; un cambio de *escena*, y en definitiva una tradición desvirtuada, aventada, cuyos pedazos ha recogido el viento para lanzarla á varios sitios, y que será difícil volver á reunir, con el tono, los colores y el ambiente que tuvo antaño, es decir, hace menos de veinte años, que ahora ya resulta « tiempo viejo » el que vivimos *ayer por la mañana*.

Faltan ya todos ó casi todos los elementos que dieron vida á aquel cuadro. Faltan las mantillas; faltan los trajes clásicos de mujer « á la española », cortitos y airosos; faltan los toreros que habían llegado á la corte el miércoles, y se exhibían el



Jueves y Viernes Santo en la Carrera, rodeados de amigos y curiosos, y hechos un brazo de mar, de brillantes y seda y terciopelo.

Ahora imperan los sombrerozcos monumentales; ahora se usan vestidos de *canuto*, de cola larga, lacios y caídos, sin contoneos ni ondulaciones; ahora los toreros no vienen á Madrid hasta el mismo Domingo de Pascua por la mañana, y si alguno—olvidándose del cambio de costumbres—se anticipa, no va á la carrera sino á cualquier otro lugar, vestido de americana, cuando no de levita.

Lo hemos perdido ya casi todo, y acabaremos por perder lo poco que nos queda. La oración, la comida, los trajes, los coches, los caballos, la educación, la devoción misma, todo extranjero, todo insípido, rígido, «tieso», cargado de carmín como los rostros alemanes, ó «desdibujado» por el rubio pálido de los ingleses; pero sin nada *nuestro*, nada castizo, nada quemado por el sol de la patria, á cuyo calor se han criado las mujeres morenas—las más hermosas—y á cuya sombra—quiza porque en verano resulta ese sol tan chispeante como el martillo sobre el yunque—se han criado á su vez todos los hombres de *buena sombra*.

*
* *

Yo conservo en la cámara oscura del pensamiento, el *cliché* de aquella fotografía incomparable de la Carrera en Semana Santa.

El callejón de Sevilla servía de remanso al mar agitado de la vecina calle. Pero... el callejón de Sevilla ya no existe.



y sus casas, convertidas en polvo, se llevaron, al ser derribadas, una parte de la vida madrileña.

Junto al café Imperial, Salvador Sánchez *Frascuero*, rodeado de su «gente» y *acordonado* por los curiosos, lucía las gallardías de su figura y el brillo de sus alhajas. Pero... *Frascuero* ya no existe tampoco, para el arte, y al sepultarse en vida en sus montes de Torreloz, se llevó á su vez otra porción de la vida de Madrid.

.....

Procede guardar el *cliché*; preservarlo de todo riesgo. Quizá al paso que vamos, con la decadencia que se nota en todos los órdenes de la vida social y de la vida artística, con la petrificación de iniciativas que nos «momifica» (si vale el vocablo), física, moral, religiosa, política y literariamente, hablando, puede que nos lo paguen algún día á precio altísimo, cuando lo enseñemos á los anémicos y serviles imitadores del siglo que viene, como muestra de lo que fué la España del siglo XIX, antes, por supuesto, de llegar al término de dicho siglo, á este famoso *fin de siglo* que nos ha vuelto enteramente del revés.





¡GAYARRE!

† *el 2 de Enero de 1890.*

VER... es decir, hace siete años, Julián Gayarre acababa de morir.

Por el dolor que todos recibimos, pudo juzgarse el dolor de la patria. Fué universal, intenso, como el de la madre que pierde á sus hijos.

Todos lloramos, porque á todos se nos llevaban algo en aquel cuerpo, que fué vida y admiración de la escena lírica.

Por eso «todo Madrid» salió á la calle—y el día era horrible—para verlo pasar; por eso se amontonaron á cientos las coronas sobre el féretro.

Aquella tarde fué inmensamente triste. Tenía el *sello* que imprime unó de esos días que los médicos, en los enfermos, llaman graves; los reyes, en los vaivenes de su corona, supre-



mos; y los amantes, en la hoguera que los devora el corazón, mortales. Días que no pasan, aunque los pasen otros por encima; días que tienen garras de milano, y que, como esas aves, no siempre arrebatan la presa, pero la *marcan* para siempre.

La noche de aquel día, el Teatro Real suspendió, en señal de duelo, la función anunciada; y por cierto que el cartel de suspensión, por lo expresivo de su sentido y honroso laconismo, deben conservarlo, como yo lo conservo, todos los admiradores y amigos del incomparable Julián, del infortunado *Pescador de perlas*.

Así decía:

TEATRO REAL

—

AVISO

La empresa del Teatro Real, queriendo rendir, en la medida de sus fuerzas, un testimonio de admiración, de respeto y de gratitud inolvidable, á la memoria del inmortal tenor

JULIAN GAYARRE

une sus sentimientos de profunda pena á los de la nación entera, que llora la pérdida de una gloria del arte y de la patria, y suspende en señal de duelo, la función anunciada para esta noche.

Madrid 2 de Enero de 1890.

El 2 de Enero de 1891, al cumplirse el primer aniversario hizo el Regio coliseo nueva y pública demostración de duelo;

con una función de tan solemne carácter como quizá no se recuerde otra en los anales del coliseo que fué, y sigue siéndolo, símbolo de grandeza.

El pensamiento que inspiró la última parte del espectáculo no pudo ser mejor. La ofrenda que, en medio de religioso silencio, presenció el apiñado concurso, resultó en extremo conmovedora. La misma platea, la misma decoración del último acto de *La Favorita*, el mismo público, el busto del finado, su nombre repetido mil veces, su recuerdo en la memoria de todos.

Allí sólo faltó una cosa; sólo faltó... Julián. Y hubo un instante, al atacar la orquesta el preludeo del *Spirto gentil*, (romanza *¡sin palabras!* aquella noche,) en que creíase que iba á aparecer por la primera caja de bastidores, la figura simpática del gran tenor, á la que el hábito blanco prestaba tonos del más acentuado misticismo.

Aquello resultó reproducción exacta de los momentos en que tantas veces el público, en masa se reconcentraba en sí mismo, y no se oía en la amplia sala el rumor más leve. Gayarre entonces, con los brazos cruzados sobre el pecho, al pie de la cruz, erguida la cabeza y la mirada en lo infinito, parecía transfigurado, arrancado de este suelo. Y si alguien en tal instante hubiera podido preguntarle, ¿qué piensas? hubiérale respondido sin titubear:

—Estoy preludiando en la lira del sentimiento, el «tono» adecuado para acompañar una idea... de mi alma.

Julián Gayarre recorrió á gran velocidad la vía fatal que sólo tiene dos «estaciones»: la cuna y el sepulcro; la estación del llanto, sin culpa propia, y la de la paz, sin términos conocidos; paz neutra, incondicional, eterna.

En el *tránsito* consiguió cuanto ambicionar pudiera: la devoción de todos los públicos, el cariño fraternal de sus amigos, la admiración de propios y extraños.

Llegó y venció. Nuestro teatro Real, que tiene fama de ser el más severo y exigente, y que si á tanto no llega, es de cierto palenque alborotado donde naufragaron reputaciones muy altas, le aclamó como rey de los tenores.

Venció y... murió. Fué una estrella rutilante, pero fugaz, de blancos reflejos, un astro de primera magnitud. Inundó el alma de sus oyentes de plácida delectación, y tuvo en la voz encantos seductores, y en el modo de emitirla un fuerte, singular é inimitable espíritu de atracción.

Que parecía un ruiseñor de voz purísima, lo han dicho todos.

Pero fué más. Fué... una alondra real, de vuelo tan poderoso, que un día, al remontarlo demasiado, no pudo volver á la tierra.

*
* *

Desde Madrid al Roncal halló el muerto un camino cubierto de flores.

Yo quiero ofrecer al gran cantante un nuevo *bouquet* de luto.

Y para formararlo, elijo la siempreviva, la flor «perpétua» que infunde respeto, que no toma parte en las alegrías de las

plantas agrestes, la flor sin aroma que nos dice que no debemos confundir la tristeza con la melancolía, porque la primera está llena de pesares, y la segunda de encantos; la flor del alma, la flor simbólica que San Agustín contemplaba con arrobamiento extático, al exclamar: *Mors viva.*





Un palacio misterioso.

PRÓXIMO al ex-callejón de Sevilla, siguiendo á mano derecha la ancha acera de la calle de Alcalá, donde habitaron y soñaron con el cielo, á pocos metros de distancia, los Padres Carmelitas descalzos, las Madres Bernardas y los hermanos Cartujos; las Baronesas de Doña Beatriz y las Teresas de D. Rodrigo de Calderón; sobre el mismo solar de la casa de los *alfileres*, donde ostentó su hermosura la duquesa de Abrantes, y el poeta Rodrigo de Herrera escribió sus mejores comedias, el conde de Miranda sus mejores notas, y el Príncipe Tatischev, Embajador de Rusia, dió suntuosos saraos y festines magníficos, que aún recuerdan con *amore* los super-



vivientes del tiempo viejo, se levantó por espacio de cuarenta y cinco años, como una esfinge muda y ciega, el más bello palacio de la opulencia mercantil, que el siglo de los negocios pudo idear para absorber esa otra opulencia antigua de los blasones, que la primera que pobló durante el siglo xvi, la extensa calle de los *olivares*, llamada así por uno muy grande que había desde la Puerta del Sol hasta el *Prado de la villa* por los caños de Alcalá.

*
* *

«*Hay un palacio
junto al prado
de San Fermín.
»Ese palacio
por un lado
tiene un jardín...»*

No uno, sino dos jardines tuvo la mansión solitaria de que hablo. El primero existía ya á principios de este siglo, cuando la casa fué asignada en dote á la duquesa de Abrantes. El segundo fué construído por el marqués de Casa-Riera, —ya difunto— sobre el antiguo solar del convento de las Baronesas. Los dos jardines forman hoy un bosque de árboles frondosos, de arbustos y de flores, cuyo aroma penetrante, satura en primavera y en otoño, las aceras, siempre atestadas de gente, de la calle de Alcalá.

Pero ¿quién habitó ese oasis perpétuamente desierto, aunque cultivado con esmero? ¿Quién fué el castellano de esa morada espléndida, cuyas puertas y balcones no se han abierto

jamás? ¿Quién es la dama, emperatriz ó plebeya, que, como Armida, embelleció esos pensiles vagando errante por aquellos salones, hasta que viniera—en plena civilización—el libertador que había de destruir el encanto?

En fuerza de oír estas preguntas á cuantos suben y bajan por la calle de Alcalá, llegué yo á hacérmelas también, y ¡cosa rara! mirando por entre los barrotes de las rejas que permitían ver gran parte del jardín, creí descubrir una anacreóntica de Meléndez en los primeros árboles, y un drama trágico en los últimos macizos. ¿Será por eso la elegía eterna que llorarán los sáuces?

Cualquiera diría que en aquel suntuoso Carmen hubo una flor maravillosa, abierta á los atractivos del mundo, una flor delicada que todos amaron menos el jardinero, que, por no saber cuidarla, la dejó morir sobre el césped de consunción y de hastío.

¡Pobre flor desconocida! Nacistes sobre una tumba, y has muerto en la obscuridad de una noche tristísima, á la hora misteriosa de la *queda*, que gimieron asustadas las campanas de todos los conventos.

*
* *

La calle de los *Siete Jardines*, conocida por la del Turco, desde que en 1649 habitó un embajador turco la gran casa que hace esquina á la de Alcalá, ha adquirido en nuestros días una celebridad triste, por haberse perpetrado en ella, al anochecer de un día fúnebre, el asesinato del general Prim. Las balas traidoras, disparadas por manos alevés, perforaron las paredes del antiguo palacio de Riera, y como ya pensando en



la reedificación no se revocaron de cal y yeso, frescas y visibles quedaron las huellas de tan horrendo crimen.

En esta calle, entrando por la de Alcalá, se hallaba á la izquierda, á pocos pasos, un edificio bajo, hecho á la malicia, que desentonaba de los otros por su carácter singular, y en donde diz que estuvieron las cuadras y oficios de la casa de *en frente*, enlazada con ella por medio de una galería subterránea. La casa que dije de *en frente* es la de los *Alfileres*, ó de Remisa, que fué reformada y engrandecida por su opulento propietario de 1836. Cerrada á piedra y lodo, poco después de esta fecha, observada siempre é interrogada por los curiosos, con el ardiente anhelo con que observamos los luceros de la noche, ha llegado á nuestros días sin revelarnos su secreto, y fué hace poco derribada y reconstruída.

No conozco la intención; pero algún objeto tendría la puerta de escape abierta en el muro del palacio que da á la calle del Turco, casi en frente de la Casa de oficios. Esta puerta pequeña, estrecha y misteriosa, tapiada con fábrica de ladrillo desde el citado año 1836, fué como un remiendo tosco en un decorado elegante; como la mancha que afea una colgadura; como el cartel que invita á pensar en el programa de una función dramática

La casa, por otra parte, no era templo, ni castillo, ni palacio feudal, ni granja, ni convento, ni fortaleza, ni apeadero siquiera. No fué jardín, ni bosque, ni parque, ni floresta, ni soto, ni alameda; y tuvo, sin embargo, algo de todo esto, y en el conjunto vino á ser complemento de todo.

¿Qué extraño que en esa calle de los Siete Jardines, tan solitaria y medrosa, donde tantas estocadas cambiaron aman-

tes y celosos, á la luz de un perjeño de linterna, hubiera á deshora, viejas ladinas como la del Candilejo, que husmeando en la ventana y santiguándose, echaran al transeunte la primera letra del enigma, el primer capítulo de esa novela de la tradición, que después termina el gran escritor de romances, que se llama público? ¿Qué extraño que durante mucho tiempo se vieran sombras errantes pasar y repasar, desde el toque de ánimas por la calle del Turco, acercarse á la puerta enladrillada y rezar de hinojos, con ademán contrito, como los espíritus inmortales, si bajasen del cielo á orar sobre la losa de sus sepulcros?

La verdad es que la referida puerta fué causa de murmuraciones y cálculos, que un novelista anónimo dió á la Imprenta del Viento la primera entrega ilustrada, y que la posteridad dibujó las restantes con el lápiz de oro de las consejas íntimas.

Pero, ¿qué dice ese libro? Si vivieran los comensales de la ex-huerta vecina del Corregidor Juan Fernández, pronto lo sabríamos, porque la mayoría de aquellos señores desocupados, fueron socios de todos los *mentideros* de Madrid.

Yo consignaré—salvando los mayores respetos—que el palacio del difunto marqués de Casa-Riera, ha sido un mito en la edad presente, una excentricidad magnífica, un enigma que dió siempre bastante que hablar á las gentes. Impenetrable á la vista más lince, inaccesible á todo sér humano sin distinción de sexos, edades, relaciones de amistad ni de parentesco, el susodicho palacio, que muy rara persona de la actual generación llegó á ver por dentro, tuvo en medio de la riente muchedumbre de la calle más bella de Madrid, aspecto de un

panteón griego ó romano, el de una cripta india, y bastantes conexiones fisionómicas con la *casa de los duendes*, y con los castillos encantados que figuran en la galería de espectros y en las novelas fantásticas.

Lo que falta es publicar la del *Palacio de los alfileres*, pero ese empeño corresponde á los cronistas del tiempo viejo, que bailaron en él con las damas más distinguidas de la aristocracia española.

Nosotros hemos venido al mundo veinte años después, cuando la casa era ya tumba antigua, y había sido capilla ardiente. Por consecuencia solo pudimos contemplar admirados las celosías cerradas, y cuando el azahar está en flor, respirar con deleite el aroma que exhalaban los jardines de ese palacio solitario, aunque no abandonado del todo, puesto que había en él lacayos silenciosos que limpiaban los salones sin levantar las persianas, y jardineros que podaban los árboles y cuidaban las flores.

Un día se dijo que el palacio iba á ser adquirirido por el Banco de España, que se proponía levantar en su solar edificio á propósito para sus operaciones. De realizarse aquel pensamiento, la leyenda de la casa deshabitada se hubiera convertido en *billetes de banco*. Más vale que fracasase la idea, porque de lo contrario, hubiera habido que dar un último adiós á la poesía romántica de la calle de Alcalá, privada ya de la torre de Alcañices, y quizá pronto de la cúpula de Calatravas, que es lo único que queda de los palacios y templos que embellecieron el Madrid de nuestros mayores, por este lado de los *Caños de Alcalá*.

No se realizó el pensamiento, pero el palacio fué reedifi-

cado «á la moderna», en elegantísimo estilo arquitectónico, sustituyendo tapias legendarias por verjas de hierro primo-



rosísimas. Y... tan silencioso como lo estaba sigue; tan misterioso y deshabitado y... sugestivo.



Rafael Calvo.

DESPUÉS de la ovación tributada en Barcelona á Rafael Calvo, al estrenar el año 1888 el último drama del insigne Echegaray, *Lo sublime en lo vulgar*, ovación que á semejanza de aquel beso de un poema de Campoamor, repercutió en la corte, con vibración intensa, habían perdido los madrileños la pista de su actor favorito. Pronto, sin embargo, debía regresar á Madrid para preparar con su compañero Antonio Vico la temporada del teatro Español, y la verdad, nadie se ocupaba de averiguar por dónde andaba al comenzar Septiembre, el eminente Rafael Calvo.

Por eso al leer en los periódicos las primeras noticias de su enfermedad, cogió á muchos de sorpresa saber que á la sazón Rafael Calvo y Antonio Vico, realizaban en Cádiz una de sus muchas campañas, colmadas de honores y de provecho.

El Resúmen, uno de los periódicos que más pronto dieron el aviso, redactaba así el suelto:

«CALVO GRAVE. Telegrafían de Cádiz á un colega, que el primer actor D. Rafael Calvo sigue enfermo y que por esta causa no podrá tomar parte en las representaciones que aun le quedaban por dar á su compañía, en aquella capital. Viva-mente deseamos que el insigne actor y buen amigo, desmienta ese pronóstico con su robusta salud.»

Noticia en tales términos concebida, no era seguramente motivo bastante para despertar alarmas, y así fué que nadie, ni aun los que nos honrábamos con la amistad del ilustre artista, temimos que se consumara la catástrofe, que por desgracia ocurrió pocas horas después de publicarse el suelto que transcrito queda.

Si Rafael hubiera muerto en Madrid, la dolorosa impresión no hubiera sido menos fuerte, pero el amargo trago se hubiera apurado de un sorbo. Como no estaba entre nosotros, como desde la clausura del teatro de la Princesa no le habíamos vuelto á ver, como ya los periódicos anunciaban para fin de Octubre la apertura del Español fué la sensación más triste, más despiadado el sentimiento, más larga y más mortificante la pena que al despertar nos hacía creer que Calvo estaba bueno y sano, que quizá íbamos á encontrarle en la calle, para despeñarnos apenas leímos la prensa de la mañana, en la tristísima realidad de la pérdida definitiva del querido ausente.

Recuerdo todavía la agradable conversación que Calvo y yo sostuvimos una noche del otoño de 1880, en su cuarto del Teatro Principal de Zaragoza, por la época de las fiestas

del Pilar, y durante la representación del *Don Alvaro*, la obra predilecta del gran actor, que con su fallecimiento habrá por fuerza que enterrar también en ostentoso sepulcro, adornado con las infinitas coronas que conquistó Rafael representando su protagonista. Calvo estaba aquella noche, por excepción, solo en su cuarto; acababa de empezar el segundo acto y teníamos por delante el tiempo y el espacio de éste y del tercero, para conversar á nuestro gusto. Calvo no esperaba en tal momento ni en tal sitio mi visita, y me acogió con visible alegría. Yo no sabía tampoco que él trabajase en Zaragoza, hasta que ya en la platea del teatro, al que llegué en ocasión de estar Rafael en escena, recibí la agradable sorpresa. Calvo, de muy buen humor aquella noche, me contestó al extrañarme yo de encontrarle allí:

—«Sí, señor; he venido... á *matar* á provincias.»

Hablamos de todo, y sobre todo de Madrid, porque Madrid fué siempre la pasión favorita y el culto artístico de Rafael. Hablamos de literatura, de bellas artes; hablamos, por último, del porvenir de la dramática española, y fueron de ver el entusiasmo y la animación, el convencimiento optimista y las ingenuidades encantadoras que aquel hombre, todo corazón, puso en juego para discutir el tema. Y así platicamos largo rato, mientras él se vestía el airoso traje de capitán de los tercios de Frandes, y hubiéramos charlado toda la noche (á no impedírsele el traspunte con su imperiosa orden de: Vamos á empezar), porque Rafael Calvo estaba dotado de una erudición pasmosa, y de un buen gusto y un espíritu de observación superiores á todo elogio.

Recuerdo también sus brillantes jornadas en Madrid; sus



triumfos repetidos; sus ovaciones delirantes; recuerdo el saloncillo del Teatro Español, y dentro del saloncillo aquel cuarto desahogado, entrando á mano izquierda, donde le abrazábamos llenos de entusiasmo en las noches turbulentas, agitadas y febriles de los estrenos; recuerdo sus incomparables *duos* de amor del Teatro antiguo, con la irremplazable Elisa Boldún, y digo duos, no escenas, porque Rafael Calvo era un verdadero *virtuosi*, el *tenor* de la versificación, el que ha *cantado* como nadie cantará, los dramas y las comedias; recuerdo su incomparable manera de representar el *Tenorio*, cosa á la verdad no extraña, porque de tiempo atrás, todos reconocían y aun murmuraban, que Calvo era el primer tenorio de Madrid; recuerdo sus creaciones en *La vida es sueño*, *El Zapatero y el Rey*, *El gran Galeoto*, *La realidad y el delirio*; recuerdo todos sus gestos, su entonación vigorosa, sus arranques, sus momentos de inspiración; su modestia jamás envanecida, su resistencia nunca abatida. Por eso tardé mucho en creer que hombre de tales dotes, artista de tales condiciones, había muerto en poco más de tres días de una enfermedad espantosa, de una enfermedad que no contenta con destruir en un momento la personificación de tantas glorias, desfiguró aquel rostro simpático y bondadoso, impidiendo—por el temor del contagio—que se tributase al cadáver las demostraciones de cariño que todos le profesaban.

Rafael Calvo se presentó por última vez al público de Madrid el día 5 de Abril del año 1888, leyendo en el Circo de Price, en una función dada á beneficio de Marcos Zapata, el poema *El compromiso de Caspe*.

Del público de Cádiz se despidió con el *Drama nuevo*, obra

con que debutó en el mismo teatro, que pisó por última vez, el año 1876. Extraña coincidencia.

En honor de Rafael se celebraron funciones en los principales teatros de Madrid. Las más solemnes fueron las de la Comedia y el Español, singularmente la de éste último, que fué en el día de la ceremonia la verdadera casa mortuoria. En la Comedia, Emilio Mario dispuso que á coronar el retrato de Calvo salieran á escena las ilustres Bárbara y Teodora Llamadrid, y el veterano Mariano Fernández, compañero inseparable de Calvo en los últimos años. En el Español, Arturo Mélida, presentó la tumba de Rafael en el centro de la decoración del último cuadro de *D. Alvaro*, colocando sobre ella el hábito que en esa obra usaba el infortunado actor. El pensamiento no pudo ser mejor; la escena resultó conmovedora.

.....

Los últimos momentos de Calvo fueron horribles. Una calentura de cuarenta grados, un delirio imponente, ataques de disnea que agotaban por minutos su vida, completa alteración de las facciones que daban espanto y lástima, y repetidas congojas. Al ver entrar al sacerdote que iba á administrarle los Santos Oleos, asaltado, sin duda, por súbita revelación, exclamó incorporándose:

—¿Qué es esto?

Después cayó en la cama medio deshecho ya; antes de espirar repitió en su delirio frases entrecortadas: *Mis hijos... 39 grados... eso es... Antonio*. Y después nada. Calvo dormía para siempre *en el seno de la muerte*, y el pueblo de Cádiz—como dijo Fernánflor—cumplía por toda España, y formando un solo grupo, sepultaba á Rafael bajo coronas.

La última noche que trabajó en Cádiz, al terminar la representación de *El Drama nuevo*, Vico salió al proscenio y dijo (en su papel) con voz entrecortada y balbuciente:

—Señores, la función no puede continuar; el actor Yorik acaba de morir.

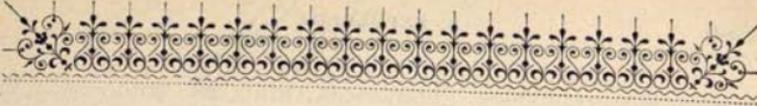
La última noche de la vida de Calvo, apenas éste había entregado su alma á Dios, el mismo Vico decía también, con voz que más era un suspiro, á las personas que esperaban el desenlace de aquel drama pavoroso.

—Señores... Rafael Calvo acaba de espirar.

.....

Leopoldo Cano hizo brillantemente la síntesis de toda aquella dolorosa ofrenda, en los siguientes hermosos versos:

*Tras de su cadáver yerto,
Sólo queda llanto triste;
¿Poesía? Ya no existe.
La enterrásteis con el muerto.*



EL CICLON DEL 12 DE MAYO DE 1886

EL espantoso ciclón desencadenado en tal día sobre Madrid, hizo figurar á esta capital en el catálogo de los grandes infortunios porque atravesaron en distintas épocas Murcia, Almería, Granada y otras muchas ciudades.

¡12 de Mayo de 1886! Fecha de tristes recuerdos, de escenas desgarradoras; tarde tenebrosa é imponente; noche lúgubre que sirvió de mortaja á tantos infelices.

La tempestad llegó de improviso y duró poco, pero bastó para dejar un reguero de muertos y heridos, una desolación de árboles centenarios tronchados ó arrancados de raíz por



fuerzas incontrastables, gigantescas, titánicas, como sólo la tromba, el huracán y el ciclón las tienen por voluntad del Altísimo, que ha hecho el sol, la tierra y las tormentas.

Los huracanes son voces celestes que de vez en cuando nos recuerdan á Dios. ¡Quién penetra el misterio de esas fuerzas irresistibles que existen en el espacio, agitadas por un resorte desconocido! Hasta ahora, Madrid había sido un pueblo privilegiado. Los extranjeros admiraban nuestro sol, y se hacían lenguas de nuestros otoños, de nuestros inviernos relativamente templados, y de nuestras mañanas de Abril y Mayo. De algún tiempo á esta parte, todo ha variado. Ya no hay otoños ni primaveras. En cambio hay lluvias torrenciales que encharcan la tierra y pudren las raíces, nubes de granizo que asolan los campos y exhalaciones eléctricas en abundancia.

Nos faltaba un ciclón para igualarnos á los habitantes de los trópicos, para hacernos ver la realidad de esos horrores, que leemos tantas veces en Revistas y periódicos, y éste vino implacable anunciado por los astrónomos y traído por la fatalidad, á producir en Madrid una verdadera catástrofe, de que quizá no hay ejemplo en el mundo. Narremos algo de lo ocurrido en este memorable y espantoso crepúsculo.

*
* * *

Días antes, el cielo, hasta entonces alegre y sonriente, comenzó á cubrirse de ligeros celajes, que poco á poco fueron aumentándose hasta formar, el día II, nubes densas, nubes de tempestad, unas lisas y cenicientas, otras gruesas y blan-

cas como el algodón. Flotaba en los aires algo misterioso y amenazador, que dió margen á que se dijese, cuando del tiempo se hablaba:

—Este calor inusitado acabará mal. Estamos abocados á una gran tormenta.

El calor siguió en aumento. La atmósfera era tan densa que se hacía casi irrespirable, y las nubes sombrías, cargadas de electricidad, reflejaban en el suelo su claridad fosforescente, sus tonos grises y violáceos, ora amarillentos como los blandones fúnebres, ora de un blanco sucio y opaco, parecido al de los sudarios. Amaneció el día 12, y apenas si pudo hacerlo con holgura, porque su luz fué muy débil en las primeras horas, en esas horas somnolientas en que el Madrid obrero, el Madrid que vive del jornal diario, trabajando á destajo para dar pan á sus hijos, se dirigía á sus tareas. La jornada se sostuvo con chubascos más ó menos copiosos, y al caer la tarde, se dejaron sentir los primeros síntomas de lo que poco después se convirtió en tristísima elegía.

A las seis anocheció de repente, sin gradaciones, sin tránsito de luz á sombra. El cielo negro como el azabache, y terso como las pizarras, nos privó de sus últimos resplandores; la noche vino de improviso, y antes de que hubiera tiempo para encender los faroles, relámpagos incesantes se encargaron de iluminar con sus siniestros destellos mil escenas de desolación y de lágrimas.

Desde este momento, el espectáculo fué indescriptible. Hubo un momento supremo de silencio pavoroso, de dudas y de angustias. Tal era la violencia del aire, que llegó á no escucharse ruido alguno, pero al mismo tiempo la tensión at-

mosférica fué tan grande, que dijérase iba á estallar un inmenso bólido ó á desquiciarse el universo.

Acto continuo cesó esa calma, más alarmante que la tormenta deshecha. Dejóse oír un silbido agudo, estridente, atronador; cayó la lluvia á torrentes, cayeron piedras de inverosímil tamaño, se apagaron las luces, se hundieron algunas casas. Madrid, sorprendido y aterrado, sin darse cuenta de la magnitud de la desgracia, interrumpió un punto su circulación de carruajes y peatones; todas las tiendas se cerraron, volaron por los aires, en revuelta confusión, personas, coches, tejas, persianas, y aun los espíritus mejor templados sintieron algo parecido al miedo.

.....

Poco después pudo verse más claro. Un rayo de sol poniente vino á alumbrar con sarcasmo la escena de tantos desastres. Habían transcurrido apenas ocho minutos, y en tan exígua porción de tiempo lo hubo sobrado para que desapareciesen muchas vidas, muchos edificios, muchos árboles.

En los momentos álgidos de la tormenta llegaron á quedarse solas en medio de la vía pública, sordas á tanto estruendo, las estatuas tradicionales de Madrid.

Cervantes vió morir, sin poderle dar auxilio, al viejo cedro de Odar, su compañero inseparable, el árbol más hermoso de la Plaza de las Cortes, y quizá de nuestra Corte, que sin piedad fué arrancado y echado á tierra. Cristóbal Colón parecía revivir, recordando sus tiempos de aventuras. Destacándose como un fantasma blanco, desde su alto pedestal, sobre el fondo negro del cielo, dijérase que quería contener, con la diestra alzada, los estragos del vendaval.

Murillo, Concha, Isabel la Católica y los reyes de bronce y de granito, resistieron también valerosamente.

*
* *

En todos los distritos, en el Puente de Toledo, en Carabanchel, en San Isidro, en Vista Alegre, en los cementerios, en todas partes ocurrieron desgracias.

Las mayores fueron, sin duda alguna, las acaecidas en el lavadero del Paseo Imperial. El hundimiento de dos naves del edificio ocasionó la muerte á 18 personas. Los que, ya entrada la noche, sentimos curiosidad de visitar aquel sitio, recibimos impresiones difíciles de olvidar.

Realmente era horrible el espectáculo de aquel montón de escombros, donde poco antes trabajaban con ardor, llenos de vida, varios obreros de ambos sexos. En la única nave que se mantuvo firme aparecían tendidos en el suelo, formando hilera, los cadáveres por extremo mutilados. Clavados en el suelo veíanse varios hachones de resina, alumbrando aquel tristísimo cuadro. Cerca del montón, un perro negro aullaba lúgubremente. Los cadáveres conservaban los cabellos en punta y había en sus rostros huellas del más profundo terror. Se adivinaba, mirando aquellos rostros crispados, la transfiguración de la vida en el acto supremo de la ascensión del alma. Un sacerdote rezaba; algunas personas, arrodilladas en torno del *spoliarium*, seguían sus rezos; por fuera la obscuridad era imponente; en medio de aquel silencio resonaban los gritos del esposo, los lamentos de la madre... y los muer-

tos permanecían rígidos, inmóviles, impasibles, cubiertos con sus ropas destrozadas.

*
* *

El aspecto del Retiro y del Botánico, era desconsolador. Todos los paseos obstruídos por los troncos y el ramaje de árboles seculares. Las acacias derribadas, y sus hermosas flores de aroma misterioso arrastradas por el barro. Los opulentos olmos, los tilos olorosos, los pinos balsámicos, el árbol del amor apenas vestido con sus flores de púrpura, las lilas, los árboles del Paraíso... todo por los suelos, esparcido entre horribles despojos:

¡Qué tristeza causaba ver el Retiro, que es nuestro pulmón, herido de muerte, cual si sobre sus árboles y sus plantas hubiera caído una lluvia de rayos! Allí solo se salvó el árbol que hemos convenido en llamar de Villamediana, el venerable pino, que vive hace tantos años con *muletas*. Solo él permaneció enhiesto, como siempre venerable, y desde entonces mucho más interesante por haber sobrevivido al destrozo general que llegó á cuartear

« las torres que desprecio al aire fueron: »

las torres de San Jerónimo, el legendario vecino del Retiro.

*
* *

Estos brutales ataques de la naturaleza, que en pocos segundos pueden diezmar poblaciones numerosas, y vestir de luto pueblos enteros, costó á Madrid infinidad de muertos y heridos.

¡Pobres madres las que en esa noche fatal vieron morir á sus hijos, tratando en vano de salvarlos! ¡Pobres niños los que para siempre perdieron el dulce amparo de su hogar!

Siempre fué Madrid el que acudió solícito y presuroso á remediar infortunios ajenos. ¡Qué no haría cuando la desgracia le tocó tan de cerca!

Por de pronto, hubo rasgos heroicos, y el ejemplo de la Augusta Señora que rige los destinos de España, no fué perdido. La Reina sin acompañamiento ni aparato, y á pesar de las molestias de su estado, fué personalmente á visitar los hospitales y los sitios en que el ciclón causó más estragos, dejando en todas partes, pruebas inequívocas de su regia esplendidez. Este acto humanitario, produjo gratisima impresión en Madrid. El pueblo se enteró pronto, y aguardaba á la Reina en las puertas de las casas para aclamarla con vivas demostraciones de afecto.

*
* *

.....

Lástima que mientras llegó ese instante de remediar los males de la catástrofe y secar las lágrimas que produjo, la ley fatal de los contrastes hizo sonar reunidos al siguiente día de la hecatombe, dos gritos de incalificable amalgama:

—*El extraordinario con la relación de los muertos y heridos.*

—EL PROGRAMA DE LAS CARRERAS DE CABALLOS DE ESTA TARDE





El Tato.



He conservado su recuerdo á través del tiempo, uniendo íntimamente su memoria con la de los felices años de mi juventud.

Le conocí el día en que por vez primera asistí yo á una corrida de toros; la tarde en que moría para el arte el popular torero.

Le visité *después*, cuando Antonio Sánchez era ya un superviviente, lleno de años y de achaques é inválido; cuando, sepultado en Sevilla «llevaba penosamente—como escribió el *Heraldo* en

sentida necrología—sobre su cuerpo enfermo y sobre su espíritu derrotado, la pesada carga de una existencia sin objeto.»

*
* *

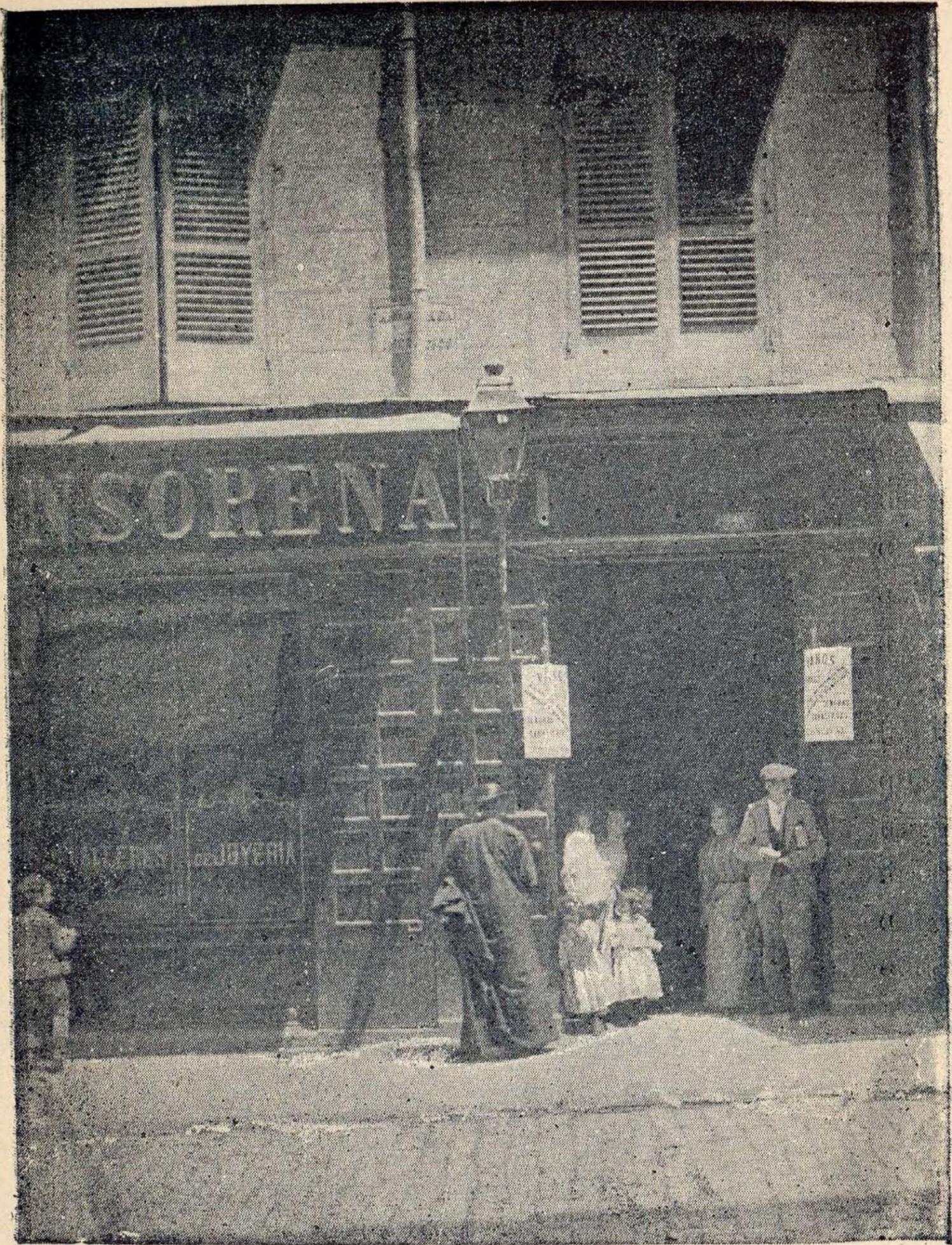
Le cogió un toro de D. Vicente Martínez, lidiado en cuarto lugar de la corrida celebrada en Madrid el día 7 de Junio de 1869.

Aquel día hubo toros por mañana y tarde en la Plaza Vieja, dos medias corridas dispuestas para celebrar la jura de la Constitución. Echóse fuera, sin accidente, la matinal, y en la de la tarde (que toreaban *Villaverde*, *Tato* y *Lagartijo*) ocurrió la desgracia.

El toro se llamaba *Peregrino*; era castaño, bien armado y cobarde; tomó seis varas y le parearon Mariano Antón y Julián Sánchez.

El Tato—según acredita una revista del *Boletín de Loterías y Toros*, cuyas columnas conservo,—«pinchó una vez, corto, en dirección de atravesar; otra después, y dió por último, un gran volapié de los suyos» de los que poseyó la exclusiva y tanta fama le dieron. Fué entonces «cogido con el asta derecha, suspendido y volteado, sin hacer caso el toro del diestro cuando cayó.»

Y aun me parece verlo. Se levantó deprisa, sin esfuerzo, sin dolor aparente; de la pierna derecha y por profunda herida, brotaba abundante sangre. Tapóse Antonio el «agujero» con ambas manos, y sonriendo, con aquella sonrisa que le acompañaba siempre, comenzó á andar á saltos, sólo con la pierna sana, hasta que fué llevado en brazos á la enfermería.



CASA DONDE VIVIÓ EL TATO EN MADRID

PARTE FACULTATIVO.—«Una herida en el tercio superior de la pierna derecha, de cuatro centímetros de longitud vertical por tres de profundidad que le impide continuar la lidia.»

Y... que se lo impidió para siempre.

Cogida sin importancia, al parecer, sin nada de «espectáculo» la herida acusó enseguida grandísima gravedad, porque, según se dijo entonces, la sangre de un caballo enfermo inficciónó la del torero, é hizo precisa la amputación de la pierna, que *El Tato* soportó con maravillosa entereza, si bien en el momento supremo de la mutilación (*Boletín de Loterías y Toros*) exclamó con profundísima tristeza: «¡Adios, Madrid!»

.....

Tiempo después se *despidió* oficialmente dando una vuelta al coso en una carretela, acompañado de su cuadrilla, vestido de luto, y ceñido el cuerpo con un hermoso capote de paseo, negro, que *Lagartijo* usó más tarde cuando ocurrió la muerte de su esposa, y que forma parte del interesante «Museo Taurino» que tuvo el buen aficionado D. José Carmona.

Y... un poco más tarde, en otra corrida todavía de las de la Plaza Vieja, el público se apercibió de que entre barreras, junto á la puerta de la enfermería, estaba Antonio Sánchez presenciando la lidia, y con aclamación delirante obligóle á salir al ruedo, lo que verificó Antonio pobremente vestido, apoyándose en la puerta izquierda de los toriles y estremecido por intensa emoción.

*
* *

La muerte puso definitivo término al estudio psicológico y moral con que brindára *El Tato* á la curiosidad.

¡El ayer y el hoy de la desgracia!... ¡El monumento y la ruina!... ¡La apoteosis de la gloria y el ocaso!

Antes de la cogida, airoso, rozagante, jovial, con aquella finura de facciones que hacía sonreír á *Dominguez* y con aquellos aromas de finísimas esencias en su ropilia que tanto—según cuentan—le hacían «murmurar» á Cúchares.

Después... un sombrero de fieltro negro casi inservible por el uso, chaqueta de paño burdo, pantalón raído, abarcas por zapatos, ancho báculo para encontrar apoyo á su vacilante pie, y el «cabo» de una colilla ennegrecida junto á la comisura izquierda de sus gruesos lábios.

Entónces, la riqueza, la popularidad, el amor, convirtiéndolo á semejanza de *Pepe Hillo* en héroe legendario y atrayente de la candente arena y del *budoir* recatado.

Después la miseria, la ingratitud y el olvido. Muerto en la plaza su memoria hubiera sido menos precedera que mutilado, como quedó, sobre la mesa del cirujano.

Aventaron la cruel sierrecilla y el bisturí á la leyenda poética; se «disfrazó» la tragedia; los nervios no llegaron á experimentar la vibración suprema, y, trasladados á Sevilla, las brumas del Guadalquivir oscurecieron y borraron pronto los trozos de la brillante silueta del célebre matador.

Y fué en Sevilla donde yo le busqué, hace de esto ya muchos años, y allí donde logré verle. Estaba ocupado á la sazón, pero la espera no fué larga. Grande y sombrío el local de la Casa-matadero, ofrecíanse á la vista, en el suelo, el lustre gastado de las continuas abluciones; de gruesos pilarotes

pendían grandes argollas, en cuyo hierro se dibujaba el desgaste de las maromas; de los muros y del techo colgaban á su vez acerados garfios, truncados algunos, otros limpios y relucientes, como si la res al ser sacrificada hubiera tenido la coquetería de abrillantar el gancho con su propio dogal; en el rincón más oscuro un montón de acartonados huesos; á su lado despojos palpitantes; allá y acullá en todos los lados, en todos los rincones, en el «rótulo» del departamento, en los trajes de sus moradores, gotas y canalones de sangre, todavía hirviente y humeante, como si los genios del mal se hubieran concertado en horrisono aquelarre para juntos llevar á cabo una horrorosa carnicería.....

Y así entre esa visualidad sanguinolenta por entre resplandores rojos, casi asfixiado, le ví descender por una escalera de pino, súcia y mugrienta «adivinándole» más que reconociéndole porque era difícil reconocerle.

La cabeza sombreada por cabellos grises, los dientes que en otro tiempo constituían el orgullo de Antonio, irregulares y defectuosos; los ojos sin llamas; el cútis, negro y sin color.

¿Era aquél *El Tato* de otros tiempos, cortés, elegante, gracioso, de quien la moda había hecho un ídolo en la plaza y el mundo un arquetipo de diestros en reuniones y festines, zambrador, bullanguero, con una generosidad que se confundía con la dilapidación y una altanería de su «arte» rayana en orgullo?

Triste, enfermo, abatido y hasta súcio y andrajoso, era el mismo, y allí estaba rodeado de la más infausta realidad que no acertaba á *deshacer* la imaginación por mucho que evocase su imagen en los centros de la bulliciosa plaza, recogiendo á

un toro con el capote, para llevarlo, engreído, entre las cambiantes guías del *galleo*, acompañado de la admiración de las mujeres y del aplaudir rabioso de los aficionados.

La realidad triunfaba en ese cariñoso empeño, y me lo presentaba de nuevo aislado, indolente, rebajado (y gracias que tenía así para comer) traficando en «carnes muertas» cuando las fieras con vida eran los mayores resortes de su triunfo.

—¿Es V. muy desgraciado? le pregunte.

El inválido sonrió encogió sus hombros y tras un punto de indecisión se le escapó esta frase:

—¡Si *Peregrino* me hubiese dejado en la plaza!...

La contestación era definitiva. Aquél hombre se acordaba demasiado de la muerte para que pudiera creérsele feliz.

*
* *

Tal como ya le he descrito, le habrán visto muchos. A cada *visita* una evocación dolorosa de los... dichosos días, de los inolvidables triunfos, de los fastos grandiosos; la lámpara mágica del pasado coloreando, sarcástica, aquel terrible aspecto del presente.

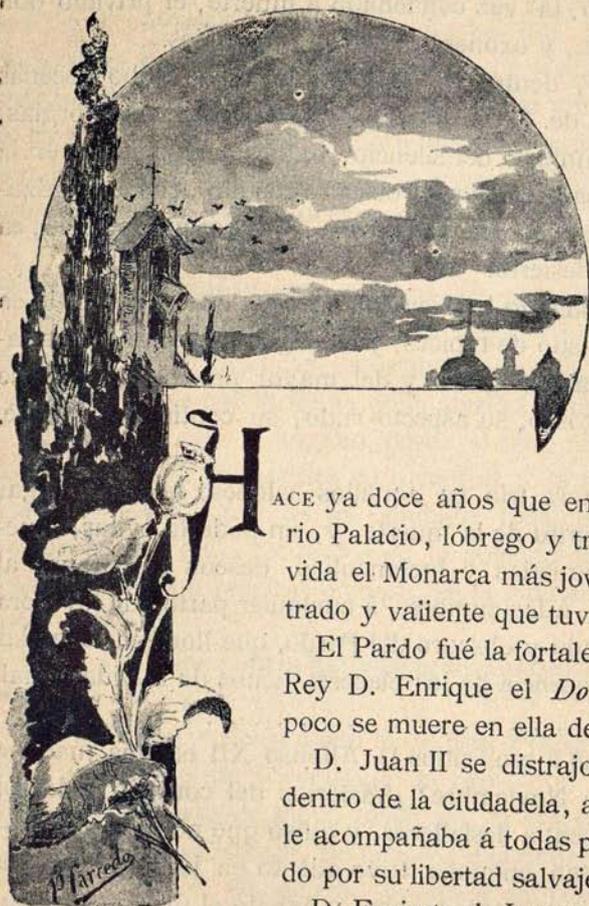
Y luego, la... realidad; «vamos á pesar la carne;» y *El Tato*, junto al matarife de oficio, con un papel lleno de números, hechos con lápiz, comprobando los kilos que una res muerta daba de sí al oscilar la enorme romana.

Sic transit...

¡Descanse en paz!

LA NOCHE TRISTE EN EL PARDO

25 Noviembre de 1885.



HACE ya doce años que en aquel solitario Palacio, lóbrego y triste, rindió la vida el Monarca más joven, más ilustrado y valiente que tuvo España.

El Pardo fué la fortaleza militar del Rey D. Enrique el *Doliente*, y por poco se muere en ella de tristeza.

D. Juan II se distrajo, amansando dentro de la ciudadela, aquel león que le acompañaba á todas partes; rugiendo por su libertad salvaje.

D: Enrique el *Impotente* dió fiestas en la hasta entonces grandiosa mazmorra; y doña Juana de

